

**PARA  
EXCITARLAS**  
*G. Aphrodite*

**39 FANTASIAS  
SEXUALES PARA  
MUJERES**

Olvídese de que las fantasías sólo existen en la imaginación y descubra cuán a la mano se encuentra la posibilidad de hacer de un disparate una realidad placentera; posibilidad doblemente atractiva si de placer se trata. Tan sólo déjese llevar por lo que la autora expone en estas páginas y tendrá acceso, en las situaciones aparentemente más difíciles, a las experiencias más inolvidables; el secreto es: no hay barrera para poner en práctica cualquier fantasía sino la que una misma pueda ponerse.

Título original: *To Turn You On: 39 Sex Fantasies For Women*

J. Aphrodite, 1975

Traducción: Agustín Contín

Retoque de portada: Meddle

Editor digital: Meddle

ePub base r1.0

## ¿Por qué nació este libro?

¿Hay alguna mujer de hoy en día que esté dispuesta a negar, incluso a sí misma, que alguna vez ha tenido una fantasía sexual?

La revolución sexual, precursora del movimiento feminista, se inició con la publicación de *Sex Without Guilt* del doctor Albert Ellis y de sus obras posteriores. En una carta a su hijo, el famoso guionista cineasta Dalton Trumbo describió así al doctor Ellis: «un hombre que se ganó su lugar en la Historia como el mayor humanista desde Mahatma Gandhi».

Siguieron muchos libros de Ellis: *Sex and the Single Man*, *The Art and Science of Love* y *The Intelligent Woman's Guide to Man-Hunting* fueron algunos de los que pusieron las cartas sobre la mesa y nos liberaron de la hipocresía y los sentimientos de culpabilidad.

Sin embargo, la simiente de la satisfacción sexual absoluta para las mujeres se sembró cuando una mujer se sentó ante la máquina de escribir. Cuando el editor Lyle Stuart se volvió hacia Terry Garrity en un taxi y le pidió que escribiera un libro sexual, le dijo: Deseo que haga que las mamadas no sean objeto de burla en Estados Unidos. Entonces nació *The Sensuous Woman* de «J», y a las mujeres de todo el mundo se les dio confianza para que tomaran una parte más activa en su vida sexual.

Todas las revoluciones tienen sus excesos: la revolución sexual ha tenido su oleada de libros tontos y carentes de gusto.

Claro que el gusto es algo muy subjetivo. Por mi parte, soy aficionada a una revista sexual muy audaz llamada *Screw*. Creo que es muy entretenida, pero conozco a personas que se sienten ofendidas ante un ejemplar de *Screw*; sin embargo, Gore Vidal escribió: Si tuviera que escoger entre escribir para *New York Times* o para *Screw*, es seguro que, por motivos morales, lo haría para *Screw*. Terry Southern dice que *Screw* es «una de las pocas publicaciones importantes de la actualidad».

Ahora vamos a dar una razón más personal para la aparición de este libro...

Durante muchos años, como la mayoría de las mujeres jóvenes de Estados Unidos, consideré que mi función era la de complacer a mi marido. Su satisfacción sexual era lo primero, y sus deseos y necesidades tenían la mayor prioridad.

Con frecuencia no me sentía satisfecha, pero creía que las cosas tenían que ser así.

La obra *The Sensuous Woman* me enseñó unas cuantos trucos nuevos sobre la masturbación, pero para masturbarme, según descubrí, necesitaba fantasías. Entonces aprendí a agudizar mi imaginación.

Conocí a otros hombres y uno de ellos me enseñó a romper todas las barreras en mi mundo de fantasías: a soñar lo inconfesable y, a veces, a vivir lo que no puede vivirse.

Empezaron a aparecer libros sobre mujeres y sus fantasías, pero todos estaban envueltos en una gruesa capa de pretensiones. Se suponía que se escribían después de «investigaciones» y «estudios»; todos eran muy respetables, pero apenas rozaban el mundo real de las fantasías sexuales... y no lograban excitarme.

Cuando mi editor sugirió que había llegado el momento de hacer un libro real sobre fantasías, me sentí vacilante, por no decirlo en otras palabras; sin embargo, a medida

que progresaba, aprendí unos cuantos puntos básicos esenciales.

1. Una fantasía lo es sólo cuando reside en nuestra imaginación; no deseamos que la mayoría de nuestras fantasías se hagan realidad.

2. A veces, cuando alguna de ellas se lleva a la práctica en la vida real, puede proporcionar material para muchas fantasías agradables posteriores; no obstante, siempre queda poco o ningún deseo de repetirla en la vida real.

3. Todas las mujeres con las que hablé admitieron que tenían fantasías sexuales que les ayudaban a tener mayor placer con sus cónyuges frecuentemente (de hecho, Masters y Johnson afirman que las fantasías son muy útiles: A veces se hacen absolutamente esenciales para la finalidad del placer sexual...).

4. Asimismo, las mujeres con las que he hablado admiten que una vez que cuentan sus fantasías, éstas pierden parte de su poder de excitación. El hecho de que una fantasía sea secreta tiene un elemento de valor indudable.

He compilado una antología de fantasías para que ustedes se exciten. La mayoría de ellas ha logrado excitarme a mí, y muchas de ellas excitaron a las mujeres que «se pusieron a prueba».

No pretendemos que todas ellas sean universales, ni que la colección aborde todas las bases. Sólo se trata de un surtido: el mío. Para cada mujer serán algo distinto.

Si estas fantasías las encauzan en sus propias fantasías sexuales cuando estén con su hombre o mujer preferido, o en momentos en los que estén solas —si fomentan la aparición de su fuerza sexual o si las excitan—, habré logrado hacer lo que deseaba desde el principio; sólo eso, pero, a veces, ¿no es lo más importante?

## ¿Cómo leer este libro?

Una colección de fantasías sexuales no es el tipo de libro que sirve para sentarse en un sillón y leer de la primera a la última página en una tarde; en lugar de ello, debe asimilarse sólo con esperanza y planeación. Además, las fantasías deben leerse con lentitud, no más de dos o tres en cada sesión.

No se lleven este libro para leerlo mientras esperan su turno en el dentista, durante los descansos para tomar café en la oficina o colgadas de la barra del autobús en horas pico: eso sería un desperdicio.

Estas fantasías son de lectura y comprensión fáciles. Sin embargo, dedicamos una cantidad increíble de investigaciones y cuidados para hacerlas así. Lo que desearía que hicieran es que apartaran media hora cuando tengan tiempo, abrieran el índice y escojieran un título que les llame la atención. Después, siéntense en una silla —o mejor todavía— recuéstense en un sofá o entre las sábanas de la cama, y lean con lentitud. Luego, cierren el libro y los ojos. Revivan la fantasía en su propia mente, y esta última le agregará variaciones personales. Dejen volar libremente su imaginación y les mostrará el camino hacia los placeres posteriores, sean los que sean.

Recuerden: mi esperanza es que estas fantasías les den más horas de placer; solamente eso...

## 1. Primera experiencia

Tenías catorce años de edad. Catorce años y cuatro meses para ser exactos. No recordabas cuando te diste cuenta por primera vez de los ruidos procedentes del dormitorio situado al otro lado del pasillo, pero debía haber pasado ya un año. Te acercabas a la puerta del cuarto de tus padres sobre la punta de los pies y, al principio, te limitabas a escuchar. Tu padre y tu madre hacían los mismos ruidos que habías escuchado con tanta frecuencia. Tu padre respiraba con mucha fuerza y, de vez en cuando, gruñía, y tu madre exclamaba «ohhhhh» una y otra vez.

Durante muchas semanas, eso se convirtió en una preocupación nocturna. Tu imaginación era vivaz y podías verlos en toda clase de posiciones sexuales. ¡No entendías que tu madre, que frecuentaba la Iglesia, hiciera todas las cosas sexuales que acudían a tu mente!

Después de escuchar, regresabas sin hacer ruido a tu cama y, bajo las sábanas, te dabas masaje en la vagina y tirabas con suavidad de tus incipientes pezones.

De pronto, una noche, se produjo una sorpresa. Esa noche, tus padres dejaron encendida la lámpara de la mesita de noche. Viste que salía luz bajo la puerta y, al principio, casi te daba miedo acercarte a ella, pero te sentiste atraída como una polilla a la llama. Miraste por el ojo de la cerradura y viste algo que nunca olvidarías: tu madre estaba de espaldas con las piernas totalmente levantadas en el aire y apoyadas en los hombros de tu padre. Este último estaba entre las piernas de la mujer moviéndose, acercándose y



alejándose de ella. ¡Repentinamente —de modo incontrolable— estornudaste!

—¿Qué fue eso? —oíste que decía tu madre.

Te sentías demasiado congelada como para poder moverte, pero viste que tu padre se apartaba de tu madre y viste que su pene oscilaba en el aire con gotas blancas en la punta. Avanzó hacia la puerta y huiste aterrorizada a tu habitación.

—No es nada —lo oíste decir, mientras abría la puerta y la volvía a cerrar, por encima de los fuertes latidos de tu corazón.

Nunca volviste a animarte a ir hasta la puerta, pero permanecías despierta por las noches acariciándote y preguntándote qué sentirías si tuvieras a alguien que te hiciera esas cosas.

Fue en tu primera cita cuando descubriste cómo sucedía.

Rudy, un joven de dieciocho años que jugaba en el equipo de basquetbol, te pidió que bailaras con él. El baile tenía poca asistencia y te preguntó si querías ir con él al cine. Le dijiste que sí.

Conversaste con él todo el tiempo para ocultar tu ansiedad. En la sala del cine, te sentaste en los lados, lejos de las demás personas.

Durante mucho tiempo, sólo viste la película y, de pronto, te diste cuenta de que estabas tan consciente de que Rudy estaba a tu lado que ni siquiera te habías dado cuenta de que Paul Newman te sonreía desde la pantalla.

Al cabo de un rato, de modo torpe, Rudy pasó el brazo sobre el asiento por detrás de ti; te sentiste helada. Después, imperceptiblemente, te echaste hacia atrás. Sentiste que su mano se acercaba más a tu hombro y que, luego, reposaba sobre tu piel desnuda. Mientras tanto, observaba fijamente la pantalla, como si no se diera cuenta de lo que estaba haciendo su brazo izquierdo.

Te impulsó más cerca de él y te desplazaste sin resistencia. Cuando se volvió a mirarte, sentiste escalofríos por todas partes. Luego, se inclinó y te besó, y deseaste que volviera a hacerlo. En ese momento comprendiste que lo amabas.

Sin embargo, Rudy se echó hacia atrás y pareció embeberse nuevamente en la película. Muy pronto, con la cabeza apoyada sobre su hombro, sentiste que sus dedos se acercaban hacia el centro de tu blusa y que se abría paso lentamente bajo ella, hasta que levantó tu ligero brasier y colocó la mano sobre uno de tus senos. Estabas absolutamente inmóvil. Luego, su otra mano acarició tu pecho izquierdo; tiraba suavemente del pezón y dejaba que su dedo descendiera sobre él. Después, pasó la mano al otro seno y comenzó a hacer lo mismo. Escuchabas tu propia respiración. Pusiste tu mano sobre la suya y se la oprimiste con mayor fuerza sobre tu seno. Entonces, sentiste su otra mano sobre tu muslo: como si hubiera caído allí accidentalmente sin ninguna finalidad.

Muy pronto sentiste que su mano se desplazaba bajo tu falda. Involuntariamente, separaste las piernas cuando sus dedos llegaron al reborde de tus pantaletas. Sus dedos jugaron por afuera y te echaste más atrás en tu asiento, pasó por debajo de la tela y comenzó a acariciarte el vello púbico, que era tan suave y mullido. El resto de sus dedos se unió al primero y tuviste que controlarte cuando avanzó entre tus piernas estirando con fuerza las pantaletas, mientras sus dedos ascendían y descendían por tu montículo. Cerraste los ojos. Luego, hubo un flujo de jugos que no comprendiste muy bien, pero era muy agradable... y te parecía estar flotando...

De pronto, te diste cuenta de que la película estaba terminando. Rudy retiró las manos y las luces se encendieron. Se inclinó una vez más para besarte y trataste de apoyar tu seno izquierdo contra él.

Después, como si no hubiera sucedido absolutamente nada, te preguntó:

—¿Te gustó la película?

—Ya lo creo —murmuraste.

—Podemos volver pronto juntos. ¿Te parece?

—Sí —respondiste con dulzura—. Muy pronto.

## 2. El esposo de tu mejor amiga

Estabas enojada contigo misma por sentirte tan indefensa desde el divorcio. Nunca te habías dado cuenta de la cantidad de cosas que había resuelto Tim; cosas de las que no tenías ninguna idea de cómo realizar. Ahora, tenías el fregadero atascado y el conserje estaba en su día libre. Te quedaste sentada mirando los platos sucios y en las comisuras de los ojos se te comenzaban a formar lágrimas de frustración.

Entonces, recordaste que Jill te había dicho poco después del divorcio: Si tienes algún problema o necesitas algo, Don o yo nos sentiremos felices de ayudarte. Aun cuando sabías que lo decía con seriedad, siempre te habías sentido renuente a pedir algo. Te preocupaba el hecho de que, si algún día verdaderamente necesitaras algo, ya no te harían caso por abusar demasiado; no obstante, el horrible altero de la vajilla sucia seguía allí, por lo que, de mala gana, levantaste el teléfono.

—¡Por supuesto que sí! En cuanto Don termine de cenar le pediré que suba a verte —respondió Jill, evidentemente contenta de poder ayudar a una amiga.

Las dos viven a sólo tres pisos de distancia en el mismo edificio de apartamentos y han llegado a ser muy buenas amigas con el tiempo. Jill y Don se mostraron serviciales durante la separación matrimonial, y se mostraban ansiosos de hacerte saber que seguían siendo tus amigos, aun cuando ya no tuvieras marido. Por tu parte, lo apreciabas, porque el cambio estaba resultándote difícil. A los cuarenta y tres años de edad hubieras debido mostrar quizá un poco

más de seguridad y de confianza propia, pero el hecho de que Tim te abandonara por una mujer más joven no contribuía mucho a hacer las cosas más agradables.

A los quince minutos Don estaba ante tu puerta con un destapador en la mano y una sonrisa amistosa en el rostro. Cuando entró, repentinamente te diste cuenta de lo desarreglada que estabas. Habías adquirido el hábito de ponerte una vieja bata en cuanto llegabas a casa; puesto que estabas sola la mayoría de las tardes, no le prestabas mucha atención al «vestido» (ya habías tomado la decisión de cambiar un poco ese estado de cosas...). Te sentías a disgusto, pero desechaste la idea mientras conducías a Don hacia el fregadero.

—Lo repararé en un instante —dijo el hombre, y te sentaste en la cocina para observarlo mientras trabajaba y conversar un poco.

Mientras destapaba el fregadero, Don no dejaba de bromear. Te echó un par de ojeadas rápidas a las piernas desnudas, pero sólo de manera fortuita.

—Jill te ha estado invitando a cenar desde hace varias semanas, pero nunca aceptas. ¿Por qué? No deberías aislarte tanto.

—Creo que tienes razón —respondiste—. Me he quedado encerrada en casa demasiado tiempo. Creo que la próxima vez aceptaré.

En poco tiempo, el fregadero quedó destapado y los residuos desaparecieron por la cañería. Don te preguntó si no tenías algún trapo que pudiera utilizar para limpiar todo.

Siempre conservabas la caja de trapos en la parte superior de una de las estanterías de la despensa, cerca de la cocina. Al trepar sobre la escalera de madera para alcanzarla, sentiste una mano bajo tu bata. Distes un gritito mientras girabas sobre ti misma totalmente desconcertada. Te encontraste con la mirada ligeramente divertida de Don.

—¡No hagas eso! ¡No tiene nada de divertido!

—No pensaba divertirme —respondió, con frialdad—. Sólo quería ver si tus piernas se sienten tan suaves como se ven.

—Bueno, no me agradó en absoluto —tartamudeaste tratando de bajarte de la escalera, pero Don permanecía frente a ti sin moverse.

—De hecho —siguió diciendo—, creo que te voy a hacer el amor.

No respondiste nada. Te daba la impresión de que no estaba bromeando, pero deseabas disuadirlo.

—¡No seas así, Don! Jill es mi mejor amiga y... tú mismo eres un buen amigo. ¿No sería esa una tontería?

Pero el hombre no se dejó desarmar.

A continuación, Don te soltó con rapidez la bata y dejó al descubierto tu cuerpo desnudo.

Forcejeaste un poco tratando de cerrarte la bata, pero tomó tus dos muñecas en una de sus manos y te sujetó con fuerza haciéndote daño. Protestaste, le dijiste que te hacía daño y le pediste que te soltara. Te dijo que te dejaría, pero sólo si no te oponías a él.

—No puedo... ¡Por favor, no lo hagas! —le rogaste y comenzaste a sollozar como una niña. Entre toda la frustración que sentías por estar tan frecuentemente sola e indefensa, se unía esa situación para abrumarte. A Don no pareció importarle; te hizo bajar de la escalera sujetándote todavía las manos y te condujo hacia el dormitorio.

Después de acostarte en la cama y arrebatarte la bata, comenzó a desvestirse él mismo. Dejó de sujetarte con tanta fuerza, lo que te permitió liberarte de un tirón y correr hacia la puerta. Pensabas que si lograbas escapar, pedirías ayuda, pero fue más rápido que tú y te encontraste de nuevo sobre la cama. Te abofeteó por haber tratado de huir y sentiste que tu cara enrojecía por el golpe. A continuación, utilizó su cinturón para atarte las manos. Sujetó la correa inmovilizándote las manos por completo.

Se bajó los pantalones con rapidez. Tenía ya una fuerte erección y lo miraste con temor y odio.

Le pediste una vez más que se detuviera, pero no te respondió nada. Te empujó hacia un lado y se trepó al lecho. Derramabas lágrimas sin cesar. En un movimiento repentino, te metió el pene a la boca hasta que casi sentiste que te ahogabas. Con una mano sostenía el cinturón que te sujetaba las muñecas, mientras que con la otra te empujaba la nuca. Se introdujo y se salió de tu boca con brusquedad haciendo que sintieras que te ahogabas cada vez y que casi vomitaras. Levantaste la mirada para ver sus ojos clavados en los tuyos, excitándose mucho evidentemente al ver que su pene te violaba la boca.

Cuando pareció que estaba a punto de eyacular, se detuvo y se hizo a un lado. Sujetó el cinturón a la cabecera de la cama, de modo que tus manos quedaran por encima de tu cabeza. Te obligó a pasarle las piernas sobre los hombros y se colocó entre ellas.

¡Cómo lo odiabas! Volviste la cara hacia otro lado y cerraste los ojos con fuerza para no tener que verlo. Cuando entró en ti, su pene entró a tanta profundidad que creías que iba a llegar a tu estómago. Lo retiró casi hasta la punta y volvió a introducirlo con fuerza. Siguió en esa forma retirándose cada vez con mucha lentitud para luego volver a introducirse con fuerza. Lo oías respirar cada vez con mayor fuerza.

Alargó la mano hasta tus senos y comenzó a pellizcarte y estirarte los pezones. A pesar de tu voluntad, respondieron a su tacto y deseaste morirte de vergüenza. Después de violarte y pellizcarte los senos un buen rato, bajó su mano libre. Trazó una línea entre tus senos, por encima de tu ombligo, hasta llegar a tu vello púbico. Permaneció un momento inmóvil antes de comenzar a manipularte el clítoris. De la misma forma en que tus pezones habían respondido, también tu clítoris comenzó a hacerlo. ¡Había pasado ya tanto tiempo desde que un hombre te había tocado!